

Buenos Aires, Mayo 16 de 1880.

AMIGA QUERIDA:

Ahora que estoy próximo á salir de esta ciudad, voy á apuntar mis últimas impresiones, hablando algo de las costumbres; pero permíteme que ántes, á vuela-pluma, te diga unas palabras sobre mi separacion de Santa Fé y del Rosario.

Quince días permanecí en la primera, siendo tratado constantemente por la encantadora Remigia y el caballeroso Pérez su esposo, con la mayor amabilidad y finura, al grado de que al sepa-

rarnos tomó parte en nosotros la sensibilidad y nos despedimos á medias palabras, ocultando los semblantes para no mostrar alguna lágrima rebelde que surcaba nuestras mejillas.

No sé yo qué sucede con la simpatía en algunas personas, que ejerce una acción tan poderosa, que en quince días, en una hora, están ligadas unas á otras con vínculos tan poderosos, que al quererlos romper, se destrozan las fibras mas delicadas y el alma se siente desprender.

El cariño de esas dos personas, su amable franqueza me ligaron á ellas de tal modo, que parece que nos habíamos conocido de luengos años, que nos costaba tanto separarnos.

Quiera el cielo que algun dia los vuelva á ver, aunque oiga nuevos nombres de don Remigio.

Volví al Rosario y allí permanecí sólo algunos días para terminar mis negocios, y cuando tomé el camino del embarcadero, me despedí del excelente amigo Lagos y su familia para venirme

á Buenos Aires y preparar mi salida para el Brasil.

Ahora que me despedí del Rosario y de Santa Fé, vamos á la tarea que me impuse al principio de esta carta, respecto á describirte algunas de las costumbres de Buenos Aires.

Estas difieren, como es natural, en muy pequeñas cosas respecto de las de los demás países de la América española; pero siempre es curioso apuntar las que establecen la diferencia.

Por ejemplo, desde Valparaiso se nota el uso de aquella bebida de que te hablé en Montevideo, de cierta yerba que llaman Mate y que se toma sorbiéndola con un tubo de una cuarta ó mas de largo, con una especie de coladera en su parte inferior; pero ya en aquel puerto va cayendo en desuso; mientras que en la República Argentina está en toda su fuerza, si se exceptúan de él algunas pocas familias de la aristocracia, que han estado ausentes muchos años del país.

En efecto, tres ó mas veces al día, es

curioso ver á las personas reunidas, teniendo alguna de ellas en la mano izquierda, una especie de ollita que llaman *mate*, y con la mano derecha el tubo de metal blanco, saboreando esa agua caliente mezclada de la yerba con azúcar.

Cuando ha terminado el contenido el señor ó señora de la rueda, la *muca-ma* (1) ó alguna otra criada, retira el trasto de la que ha bebido; se entra á la cocina y á poco vuelve á salir con nueva provision y otro de los asistentes sorbe á su turno.

—¿Qué les parece este *mate*? pregunta la dueña de la casa.

—¡Oh! muy bueno; *recien* ayer, compré yerba del Paraguay; yo le traeré á vos una poquita.

—*Ché*, dice otra vez la primera á alguna de sus hijas; *andate* al ropero y traeme vos la que compré *recien* esta mañana.

1 Recamarera.

Va la jóven y trae la yerba mate que le pidió la señora.

—Aquí está, mamá.

—*Ponetela* encima de la mesa.

—*Ché*, Petra; *llevate vos* el mate y componete otro para don Luis.

De esta manera todo los concurrentes, incluso algunas personas desconocidas, que podrán tener acaso llagas ú otra enfermedad en la boca, van tocando la boquilla á su turno varias veces para tomar la yerba del mate.

Esta costumbre la encontré detestable, porque no me parece muy limpia, por sorber la pluralidad de bebedores con el mismo tubo y en el propio trasto; además, que las pocas veces que acepté un mate, sin repetirlo las cuatro ó cinco veces que se acostumbra, francamente no lo hallé un néctar delicioso que merezca la pena de usarse; tanto más que tiene un sabor un poco acre y muy endulzado.

¿No sería mejor que, ya que se bebe el mate en Buenos Aires, se tomara como el té ó el café, teniendo cada per-

sona su respectivo trasto y su tubo y no verificarlo de una manera asquerosa como se verifica, que el mismo mate y tubo sirven para toda una concurrencia?

Ya se ve, esas son las costumbres de los pueblos.

Respecto del diálogo que antecede á las posteriores reflexiones, se verá la inversion que hacen en general las señoras argentinas cuando hablan con sus criados ó inferiores, de los acentos, que no usan los esdrújulos y las redundancias que emplean del *recien* ayer, *recien* esta mañana, con que desfiguran completamente el lenguaje, lo mismo que con el modismo del *ché*, el *vos* y *tú* usados al mismo tiempo.

A mí me gusta grandemente oír hablar á las señoras cuando lo verifican en familia, por oír esta jerga del *tú*, *vos*, *ché* y *recien*: entre los hermanos, los criados y todas las gentes que tienen confianza entre sí, practican este lenguaje original. Algunas veces en los

periódicos he visto empleada la redundancia del *recien* esta mañana.

Sobre este particular, me han contado, que en esta República se intenta escribir un diccionario especial de todas las voces usadas en el país, para que sirva de norma en el lenguaje.

Yo no creo que llegue hasta este punto el orgullo ó mas bien, la extravagancia de los argentinos, en autorizar el uso de esas redundancias y la mezcla heterogénea del vos con el usted ó el tú simultaneamente, usándose hoy la primera palabra solamente en las novelas.

Creo que el contacto de los naturales del país con la multitud de extranjeros que hay en él, ha neutralizado en gran parte ese carácter americano que caracteriza á las demás repúblicas hispano-americanas. Han perdido sus costumbres nacionales en sus comidas, sus reuniones, y esa franqueza tan recomendable de nuestros pueblos; se nota ya en la gente de Buenos Aires, cierto egoismo y esa sequedad propias de los

países gastados de Europa, que solamente miran el interés en todo. Se divierten poco y su paseo favorito por las tardes es la calle Florida, en donde se exhiben las argentinas con sus hermosos trajes y los leoncitos y pollos se colocan en las esquinas y puertas para contemplar desde estos sitios á las pollitas.

Los domingos se pasea la aristocracia de carruaje, en el Parque de Palermo, por separarse de la que no lo tiene y que anteriormente verificaban el paseo juntas en el jardín ó plaza del Retiro.

Este proceder tiene, en mi concepto, la desventaja de que los paseantes pedestres, no gocen de toda la concurrencia reunida, porque fraccionada, no tiene la importancia y el efecto que en otras ciudades.

¿Cómo, pues, han de ir al Parque la multitud de familias y los jóvenes que no tienen coche ni caballo cuando ese dista cerca de una legua de la ciudad al Nordeste? Todas éstas y éstos se que-

dan en su casa, y los domingos es el día más triste en Buenos Aires, porque no hay ni el paseo de la calle Florida, que se hace en día de trabajo á pretexto de estar abierto el comercio y por ver los aparadores y tiendas de lujo.

Y ¿crees que el mencionado Parque de Palermo es una cosa extraordinaria y que remede al de Santiago de Chile? Pues te equivocas, porque el de esta ciudad (Buenos Aires) es una extensa explanada solamente, y todo su mérito consiste en una calle muy ancha con algunos arbolitos y en estar el terreno bien terraplenado; pero no hay kioskos, ni jardines, ni lagos artificiales, ni flores y sólo hácia la parte occidental se mira la Penitenciaría por un lado y por el otro, á la parte Sudoeste, el colegio militar, que ocupa la antigua casa de Rosas.

Ahora que menciono el colegio militar, te diré que hace pocos meses vine á él con objeto de ver un gran cuadro que está colocado en una de las salas. Este es de grandes dimensiones

y representa al general San Martín, libertador de Buenos Aires, en la "Revista de Raneagua" que es como se titula la composición, ejecutada por el artista uruguayo Blanes, del que hice mención en Montevideo, que también es autor del cuadro de "Los Treinta y tres."

Pues bien, en el centro de dicho cuadro se mira á aquel general rodeado de su estado mayor pasando la revista de sus tropas. Todas las figuras están bien movidas, los caballos bien ejecutados y el conjunto manifiesta la inteligente mano del artista que revela una gran facilidad y consumada práctica. Según me informó el director del colegio, esta pintura costó al gobierno argentino, la cantidad de treinta mil pesos.

Te diré, María, que yo he llevado en Buenos Aires una vida más bien melancólica que alegre, porque no he hallado aquí esa cordialidad, esa amable franqueza de los demás pueblos americanos que he visitado y de los que me he separado con tristeza; casi salgo con-

tento de Buenos Aires, pues el hombre instintivamente busca el placer y huye el dolor; he gozado mucho en todas partes y sólo aquí he permanecido aislado y como la planta arrancada de su clima predilecto.

Voy á comenzar á hacer mis preparativos de viaje y dentro de doce ó quince dias saldré para Rio Janeiro; si aún me queda algo que decir de Buenos Aires, te lo contaré en la siguiente.

Adios.

Rio Janeiro, Junio 18 de 1880.

QUERIDA MARIA:

Hace cuatro dias llegué á esta capital, y ántes de hacer la descripción de lo que he visto en este corto tiempo, te contaré algo de lo que me pasó desde mi salida de Buenos Aires.

El 8 de éste salí de la ciudad á las doce del dia, tomando una lancha grande para pasar á bordo del vapor francés "Congo," cuya salida estaba anunciada para las cinco de la tarde.

La ciudad de Buenos Aires, hacia varios dias que se agitaba en un movi-

miento bélico, causado porque el pueblo, capitaneado por el Gobernador Tejedor, rechazaba al candidato que el presidente D. Niolas Avellaneda, quería imponer por la fuerza.

Hará unos meses que parte del comercio y muchos jóvenes de las principales familias, que formaban la guardia nacional, se adestraban en el manejo de las armas y salían al campo frecuentemente con objeto de hacer ejercicios y paradas de guerra, verificando su vuelta á la ciudad, en medio de los vítores de la poblacion y de los sonoros ecos de las músicas militares.

Solamente dos Estados secundaban al de Buenos Aires, bien que éste solo puede contener las dos terceras partes de los habitantes de la República Argentina, y los demás estaban al lado del Gobierno Nacional en aceptar el candidato que les imponía: gracias al manejo de sus gobernadores, que habían sido hechura de Avellaneda, que hizo exactamente lo que Lerdo de Tejada en México con la reelección.

Nadie dudaba en que el triunfo quedaria por la capital y sus dos aliados, en virtud del gran patriotismo y entusiasmo que reinaban, y más aún, por el número de combatientes, bien armados y decididos, así como por los grandes recursos pecuniarios del comercio y capitalistas de la ciudad.

La situación iba tomando cada día proporciones alarmantes, y los ánimos se exaltaban visiblemente.

El presidente Avellaneda se encerraba en su casa y tomaba sus disposiciones, enviando agentes á los Estados para que le aprestaran las fuerzas de que disponían.

Toda la juventud corria á los cuarteles para vestir el uniforme de la guardia nacional y tomar las armas, dándose de alta para comenzar sus faenas militares y disponerse á la guerra.

Los boletines aparecieron, dando á cada hora, á cada momento, noticias de los preparativos que se hacían por ambos contendientes.

A propósito de éstos, hay en la Re-